

Tierra: Poemas de la naturaleza

Andrik Navarrete Arias



Presentado por

Poemas del Alma 

Sobre el autor

La razón de todos estos poemas, que son las piezas que más me han satisfecho, siempre ha sido mi gusto por la naturaleza y sus elementos.

El romanticismo estará presente en muchos de mis versos; pues, yo he tratado seguir el precepto de que el artista debe escribir sobre lo que siente, lo que ve, lo que desea. He buscado usar el valor de la imaginación para la concepción de una visión del mundo muy subjetiva; aunque quizás pueda ser empática para los demás, pues las maravillas de la naturaleza es una fascinación universal.

A. N. Arias

índice

La muerte vestida de blanco

Una música en la sierra

La voz en los árboles

Amor de mascotas

Un romántico

Las madres de la naturaleza

El mezquite

Me senté solitario en el valle...

El colibrí; o, el hada moderna

Los toros

Los jabatos

A la carroñera

La manada de elefantes

Oda a Spinosaurus

La mujer del algodón: Una leyenda en prosa

Las palomas que cantaban

La muerte vestida de blanco

La muerte vestida de blanco

La santa muerte se viste de blanco,
para decirnos: "No hay miedo conmigo,
pues al final, les daré tierno abrigo.
Si quieren, hablaremos en un banco".

Un día, me la encontré. Vi su Blanco
y sereno semblante como el trigo.
Temí por mí, esperando mi castigo,
pero ella hizo un ademán hacia un banco.

Escuchó lo que decía inmutado,
hechos del corazón sin alegría,
frente al indiferente y lento prado.

La muerte me propuso que vendría
para hablar y comer maíz pilado,
como consuelo durante ese día.

Una música en la sierra

Una música en la sierra

Fíjense, cabras que tocan las flautas,
de que los mezquites sigan bailando.
Deben seguir contentos. Añorando
desde el alma, tocar las nubes lautas.

Logremos que todos sigan las pautas,
para unirnos a la gran tierra. Cuando
los tambores empiecen, asolando
la tierra, ella marcará ignotas rautas.

Cuando se revele la blanca luna
tras el ocaso, saquen la guitarra
y todos marcharemos hasta la una.

Nos dirigiremos hacia la sierra.
Cuando oigamos una voz en la Tierra,
sabremos que llegamos a su seno.

La voz en los árboles

La voz en los árboles

Busco a ciegas, en el jardín de Gea
¿tan inmenso, que crea
propia brisa, y crece como una flor?.
Sigo una voz que me arrastra al amor;
que da sensual calor
desde cada ondulante hoja que vea.

Es tan cantarina esa voz, husmea
traviesa y me permea
en esta noche libre, sin clamor;
con estrellas y verde alrededor.
Escucho esa voz por
todo mi paso. ¡Y que me deletreal!

Son palabras de un pasado inhumano.
Escuchadas al libre, son confusas,
pero como las musas,
adquieren forma al tenderles la mano.

La voz y sus letras siguen difusas,
pero provienen de un árbol enano.
Como un altar pagano,
hay un urutaú de letras ilusas.

Amor de mascotas

Amor de mascotas

Hallamos en casa el cariño fiel
de animales que, aunque mudos,
demuestran dignidad, sean peludos;
alados, escamosos, de una piel.

Pero más allá de esa piel, de aquel
animal surge el amor, como nudos
de ideales: confianza, calma, agudos
gozos de confianza muda. Así, él,

Ella o ellos nos confían al humano
devolverles el amor en cuidados
que para el ánima, no será en vano.

Plenos, seguros, nos miran gustados
dejándose mimar por una mano.
No hay mayores cariños exclamados.

Un romántico

Un romántico

¿Qué quieres, melancolía invisible?

Si ya lloré, pero seguí escuchando.

¿Acaso crees, que la ciencia

pueda regir un valle de metal?

Habiendo ya valles de piedras vivas.

Teniendo dioses todavía

duermiendo bajo rocas.

He llorado, pero seguí al viento,

que bien asfixia, como enferma,

o frío abraza y cálido nos respira.

A veces no hay fuerzas, pero sí premio

para los que gozan de creer

y ver tras el velo, el rostro más bello:

¡La gran diosa Tierra!

Las madres de la naturaleza

Las madres de la naturaleza

¿Dónde estaríamos hoy, sin las madres
que criaron artistas, a gente de bien?

¿Qué serían de los pollos sin gallinas
que les enseñen a beber?

O de los leones, pues una leona
les enseña a merecer comida.

¿Qué sería del mundo sin los esfuerzos
de la diosa flora, que cuida de cada flor,
dando belleza y vida al mundo natural?

Mismo mundo que Gaia cría
por puro amor a la vida.

Desde mi vida presente, que creaste,

¿Cómo podía yo agradecer
tu cariño incondicional?

El mezquite

El mezquite

Sus raíces son muy toscas
y su tronco es muy áspero.

Estuvo cuando mi hogar
era polvo, arena y llano,
cuando mi familia fue
a cimentar en su tierra.

Apenas hago conciencia
de su derecho al respeto.

Mientras, impasible a nuestro
festejo, ancla la vida
a nuestra tierra, casa madre.
Al ocaso, nos eleva.

Y sus raíces son toscas,
áspero su tronco, pero
sus ramas se vuelven como
dedos finos de mujer;
que se enredan en el aire
para atarnos a la tierra.

Me senté solitario en el valle...

Me senté solitario en el valle...

Me senté solitario en el valle, viéndolo teñido por el sol, coloreado ya de rubor y rozado por el viento vespertino.

Frente a mí, tordos rojos ?ya sean damas o caballeros? se volvían ligeros sobre el pastizal que fino y verde, apenas reaccionaba ante el viento. Luego, los tordos volaron, batieron sus alas negras ?y pecho rojo de manzana?. Se fueron. Excitaron hasta el nervio ocular.

Aunque mi espíritu tuvo paz, supe que nunca me complacería quieto; si el movimiento es la vida, ¡querré formar par de esa vida! Me levanté y caminé un poco. Vi a las vacas, muy dulces sus mugidos, ya sean de hambre o de saludo. También anduve viendo a las gallinas, a los gallos y guajolotes. Adivinen cuán hermosura escondía cierta guajolote, pues sus plumas mimetizaron el atardecer primaveral. Siempre los dadores de mis alegrías más sinceras, tan dignos de la tierra y tan admirados por las nubes; nubes errantes buscando el placer de ser.

Quienes sean de natura, quizás pudieran renovar al enérgico niño interior. Entonces yo los buscaré por la psique de la vida. ¡A celebrar el batir del aire vivo!

El colibrí; o, el hada moderna

El colibrí; o, el hada moderna

Una memoria me asaltó y arrastró de vuelta a ese día de primavera, donde andaba distraído y un zumbido abrasó mi mente como a papel. Cuando salí de la página en blanco, di vueltas para buscar la fuente de aquello, aquello que navegó desde mi oreja hasta mi nuca; sonido como de hormigas.

Besó las flores, vino de paso, siguió zumbando feliz. Entonces, las flores se abrieron y le cantaron. Recuerdan en sus fibras el temblor dejado; tal como mis ojos grabaron una magia nunca tan audaz para un iris.

Plumas lentejuelas, velos como alas, colores de bailarina oriental. Voló muy lejos, sin despedirse. Me hizo pensar: qué bellas son las cosas que terminan, incluso en el recuerdo. Y ahora, a propósito de que el calor se va, a propósito de regar las matas, y de la nueva estación, recordé al simpático colibrí que vuela, aparenta ser eterno; y es hermoso.

Los toros

Los toros

Piense en toros como la libertad,
furia, fuerza que se pueda domar.
Sus furias le hacen la felicidad
aquí, a los salvajes: ¡Siempre tomar!
Ahora, vea toros de verdad,
los cuidados, libres: ¡Siempre bramar!
Vea que ellos sí expresan alma. Y viven.
Compare que trato bestia reciben.

Los jabatos

Los jabatos

Jabatos tiernos y redondos juegan,
corretean por el pasto ?muy tiernos?,
luego buscan esos ojos maternos
de luz nocturna. Al descanso se entregan.
Despreocupados, mente contenta,
y a jugar en el mundo peligroso;
soñar junto a la jabalí, muy hermoso.
Vida simple, que a madurez se enfrenta.

A la carroñera

A la carroñera

Escuchen cómo cierto bulto truena
cómo esa seca flora se estremece.

Los crujidos aterrizzan al suelo
al tiempo que el bulto desaparece.

La peste se aterra de cierto pájaro,
que devora al bulto que languidece.
En todo tiempo, lugar y buena hora,
vive de la mugre hasta que anocchece.

¡Miremos esa suerte de condena!
Vea usted como al desierto embellece.
No le privan del hambre, pues lo muerto,
en sus dominios siempre prevalece.

Solo usted, carroñera, anticipa
a la peste entre unas redes de espino.
A la peste y cuerpo consume, dama,
hasta contentar su nervio sanguino.

Dichosa dama, bien destriparía
al más grande y pestilente bovino,
pues su *natura* hambre la eleva para
llegar a un trono podrido y genuino.

La manada de elefantes

La manada de elefantes

Camina la manada de elefantes,
se sostienen por sobre las arenas,
bajo el sol, aclamándose imbatibles,
vencedores sobre sequía o penas.

Entre todas, la más anciana y sabia
detiene la marcha, mientras su trompa
sostiene un cráneo muy familiar.
La anciana cuida de que no se rompa,

A los pasos de las demás; de cerca,
las demás elefantes ya recuerdan
a la hermana que tiempo atrás velaba.
La líder y su manada concuerdan

en sospechas. Tocan los sucios huesos.
Bajo un sol la manada queda fija.
Hasta tiempo después, vuelve la marcha;
al último, la líder tienta a su hija.

Oda a Spinosaurus

Oda a Spinosaurus

¡Oh, faraón de vela!
Quiero escribir sobre ti, para ti,
a quien millones de años transformaron
¡Tú, Spinosaurus, faraón del río!
Ahora transmutado en polvo y roca;
a quien el tiempo creyó destruir,
a quien ahora la ciencia recrea.

¿Puede la pasión-lógica
reconstruir lo sublime
de la cumbre cretácica?
¡Aquí te invocaré!
Por medio de memoria que te forma
a partir del desierto; ¡tu laguna!

Pero, pobre la mente:
¿Si la grulla esbelta ya nos embriaga,
que le harías al espíritu?
¡Y aun así invades mi imaginación!
¿Pues sabías que, aunque lejanos,
empleas las gracias aviares
que el tiempo nunca aniquiló?

Me remites a lo maravilloso,
al terror natural a lo silvestre.
Titán en un panteón superior.
Cuello de garza, hocico de caimán.
Tus patas troncos de madera o musgo,
pero tu vela, de nado o belleza
tentaba al sol, al aire de la vida.

¿Disfrutabas del agua,
elemento vital?
Oh, terópodo mortal, encontraste,
seguro, vitalidad inmortal;
eras, entre todos, *el pescador.*

Desde la hazaña donde
?quizás? te resolvimos vadeador,
me interrogo: ¿más que bestia
eras faraón en tu territorio?
¿Te seguía un sequito
o eras parte de pueblo?
¿Solitario como casuario o fiel
como golondrina roja de amor?

Ya te tengo visto.
Me regreso al desierto.
Durante una milésima de siglo
?mientras exiliado de tu laguna,
tus dominios desplazados del plano?
has provocado al humano el afán
de indagar en la imaginación.

¿Estás advertido de la suerte,
el privilegio de ser moldeado
por el seno mineral del mundo?

E innumerables se asombraron
ante tu nombre: *Spinosaurus.*
¿A cuántos innumerables artistas
no desbordaste de fino pavor?
Cuán pocos quedaron indiferentes.

La ciencia, oh, a la ciencia nunca sentí
tan sugestionada por el arte;
¡el racional goza de imaginar!

Saliste de las preguntas:
monstruo grácil y pesado,
habitante de lagunas
¡Tú, faraón de la vela!

Encontraste avatar
en cierta especie animal,
ya sensible al poder
inmensurablemente
bello de la natura.
¡Yo, entre miles de curiosos
regreso otra vez a ti!

La mujer del algodón: Una leyenda en prosa

LA MUJER DEL ALGODÓN

En este valle, se cuenta la historia sobre un hombre, residente durante los años de cuando era todo llano, seco y daba calor al pecho. Era un oficial conocido, además por su posición, por hablarle a las mujeres. Tenía unas risas y juegos que mandaron a volar pétalos de hasta cincuenta flores. Era, en entonces ?bajo el sol y la tierra húmeda nuevas lluvias? un cantor o un zumbido, un espontáneo y vivaz; como el exótico colibrí, a quien luego no se le vuelve a ver.

El huerto del valle tenía algodón recién brotado, el sol aclaraba durante esa tarde al cielo; era pues, un otoño travieso, que le jalaba de la capa al verano, y tentaba al invierno, para que se paseara por el aire. Y las pocas nubes, errantes solitarias, venían de por allá donde también, si uno prestaba quietud, percibiría un aliento de vida. En una mañana, encontraron al oficial muerto, tirado en los alrededores del huerto, por donde los animales enfermos paraban. Nadie le reconocería, hasta después por unas muchachas, acompañadas de sus hombres.

El muerto vestía de galán y olía ?como de una noche opaca? a alcohol y labial de flor. Ni una misa le hicieron. Tan siquiera le dieron bendiciones, y a la semana, burlas, y al año maldiciones.

¡Oh, de morir en formas misteriosas; y darle en muerte el gusto a tus enemigos y la indiferencia de tus amantes!

* * *

Era de noche, un poco encogida por las lluvias de la tarde. La tierra: olía como a ese incentivo que hace trabajar a hambrientas lombrices. El rocío: aún ceñido a las matas. Los animales: grillos cantándose, perros durmiendo, pájaros invisibles y ojos curiosos. Y cierto oficial del pueblo: recién salido de una cantina.

Sus labios eran para el dulce, su vicio le hacía el móvil a su alma errante, pero desde siempre hasta esa noche, solo distinguía el cuerpo y el placer para la carne. Pues, para aquel oficial, la única superstición era la melancolía femenina, y el extraño aroma floral. Todavía creía oler flores entre puro matorral y matas secas a su alrededor.

Llegó a la carretera que le lleva a los ranchos. A su lateral discernió un huerto de algodón, todos plenos, extendiéndose hasta donde el pensamiento no alcance.

El hombre sintió algo como un mareo, o una neblina en sus párpados. Más allá, entre el algodón,

surgió una mujer de gracioso andar. Ella era como una palomita de gran inteligencia. Si era de curiosidad o sorpresa o reflexión, es imposible saber. Pero entonces, la figura de la mujer, que era como de una muchacha con los días libres, se deslizó por el algodón. El mar blanco se descorrió en corriente ?corriente pero no de viento. De vibraciones?.

La delicada ave de campo se aproximaba en segundos. De pronto, la visión del hombre tenía a la mujer, morena y suave. Su cabello, juraba él, se dirigía hacia su mano. Delgados pies surcaron la tierra, como una fila de hormigas. Su rostro estaba inclinado de tal tierna manera, que no podía ver sus labios.

Por supuesto, una vez entrado en conciencia, la respetable autoridad oficial, siguió a la palomita, que jugaba en los bordes del algodón. Susurraba ella, solo para las lechuzas de los árboles. Él se acercó para susurrar, desde el pulmón su deseo. Susurró su amor con el estómago, mientras la muchacha, de pureza y ligereza del algodón, se mantuvo pecho a él. El hombre, movido por el tacto, y el cuerpo vencedor sobre su pensamiento comprometido, otra vez declaró:

Ella se rio, mientras se cubría la boca. Sus ojos se abrieron más para verle. Dijo:

>

Y el hombre de vida y experiencia, prefirió ahí demostrar, antes que agregar palabra.

Luego, despertó acurrucado contra las raíces de un árbol. A la lejanía el huerto de algodón brillaba de puro blanco. Sobre la copa del árbol, un par de lechuzas ululaban. Luego, se fueron volando. En este lugar, el hombre siguió recostado; la luna, apenas luz pálida, le cegó al despertar. Su corazón latía por la palomita del algodón, pero por parte de su pensamiento, creyó sentir, el pulso lento; cauteloso y distante, de su corazón. Y la noche transcurrió, una vez más, aun con el afán de atisbar a esa mujer tan hermosa.

Al día siguiente, encontraron al oficial del pueblo, sus amantes ilegítimas le reconocieron después. Los demás se reunieron alrededor del cuerpo. Estaba abierto de canal por unos zopilotes.

Las palomas que cantaban

Las palomas que cantaban

Me imagino solitario
donde sea que anduviese,
cuando las nubes se tiñan grises
o las hojas melancólicas caigan
para mi gris pavimento.

Pero luego caigo en cuenta
sobre las copas en los árboles...
¿Quiénes habitan y la hacen su casa madre?
¿Cuál es cuál, de cada curiosidad
que anida cada año nuevo?

Oh, palomas silvestres,
apaciguadoras de bestialidades
y negligencia del placer humano.
Espero un nuevo arrullo para
el niño interior de mujeres y hombres.
Cantan, cantan, cantan.

Me he enfermado, como todo
una vez desconectado del ciclo
vital de movimiento, retorno y reposo.
Esa fue la cuestión. Lo he pensado...
Mientras las palomas continuaban
cantando, cantando, cantando de amor.

Hoy, mi memoria se excita
a causa de cualquier excusa
para que las palomas regresen
a mis memorias de tisú:

cantaban, cantaban, cantaban.

Ya me pregunto cada que las veo:
cuáles serán las mismas, o cuáles las nuevas
que cantarán, cantarán, cantarán.
Tan bonitas cantan, cantan, cantan
para nosotros, los desconocidos;
y desconocidas ellas también, seguirán
Cantando, cantando, cantando.